



:: [portada](#) :: [Europa](#) ::

05-12-2018

Francia

La seminsurrección de los chalecos amarillos

Guillermo Almeyra

Rebelión

Desde 1968 Francia no ha conocido ningún movimiento social tan vasto como la actual rebelión campesina y rural, de las clases medias pobres del campo y de la ciudad, de los jubilados, de los desocupados reunidos en los Chalecos Amarillos.

Esta es una ola social de fondo y arrastra por consiguiente a capas atrasadas y a los bajos fondos, que comparten el odio a las clases dominantes y su establishment o, simplemente, aprovechan para saquear. Tanto puede degenerar como servir de base a la derecha nacionalista y fascista o apoyar, si avanza políticamente, un ala socialista anticapitalista. Macron, como ministro de Economía del anterior presidente socialista de derecha François Hollande, al aumentar los impuestos indirectos sentó las bases de esta actual crisis social y política que tiene fuerte impacto económico en la producción y en el comercio.

Como presidente, cerró ramales ferroviarios, canceló frecuencias de trenes e hizo todo lo posible para preparar la privatización de los ferrocarriles enfrentando incluso una huelga de tres meses. Al mismo tiempo retiró de las zonas rurales oficinas de impuestos, escuelas, maternidades y hospitales obligando a los habitantes a depender de automóviles viejos y contaminantes que no pueden renovar. Redujo también el personal en escuelas, oficinas, hospitales, casas para ancianos y en las cárceles, aumentando así la intensidad de trabajo y de explotación a quienes se salvaron de esa poda salvaje.

Simultáneamente, les quitó a los alcaldes hasta el 10 por ciento de su presupuesto impidiéndoles así hacer reparaciones u obras y convirtiéndolos en pararrayos de la ira de los ciudadanos, se negó a discutir con los sindicatos su política antiobrera y modificó unilateralmente la legislación laboral para favorecer a los patrones, a los que eliminó el impuesto a la renta y favoreció en todo mientras cargaba de impuestos indirectos a todos los demás.

Macron igualmente dejó cerrar grandes empresas que había jurado defender, logró que los jueces y abogados se declarasen en huelga por la modificación sin consultarles de su profesión y, para colmo, actuó como si fuese un rey.

Eliminó en efecto los organismos estatales de mediación (sindicatos, alcaldías, Parlamento, al que ignora a pesar de contar con la mayoría absoluta). Realiza casi diariamente declaraciones provocadoras y defendió tan abiertamente a su gorila principal -culpable de disfrazarse de policía para golpear gente el primero de mayo- que tuvo que desmentir públicamente que aquél era su amante. El episodio provocó la renuncia de su ministro del Interior y, después, hizo renunciar también al ministro del Ambiente porque se tragó sus promesas de reducir las usinas nucleares y, además, autorizó la caza libre.



De este modo los ingresos reales de los franceses cayeron diez por ciento en los últimos diez años y la riqueza se concentró descaradamente en cada vez menos manos.

El aumento del impuesto al diésel (el principal combustible de los autos de los pobres que, además, dependen de su vehículo para ir a trabajar o hacer trámites) fue la chispa que hizo estallar toda esa pólvora movilizándolo contra él y el poder a la Francia profunda, que en un 60 por ciento se había abstenido en las elecciones presidenciales e incluso había en parte sufragado por su partido nuevo y desconocido por repudio a los otros y por temor al fascismo de Le Pen.

Esta ola de fondo rechaza la pasividad y el institucionalismo de las burocracias sindicales y a los partidos de la izquierda tradicional (socialistas, socialdemócratas, comunistas) por su electoralismo y cretinismo parlamentario. Está formada por gente que se lanza a la acción. Si ella rompe las vitrinas de los barrios ricos, quema los autos de lujo o escribe en el Arco de Triunfo palabras soeces contra Macron es porque jamás va a esos barrios ni los monumentos a las victorias militares son sus monumentos, cosa que los patrioter como Macron no entienden. Territorializa su protesta, como hizo la Comuna al destruir la columna de la Plaza Vendôme, dedicada a las glorias militares de Napoleón.

El de los Chalecos Amarillos es un movimiento que pone en primer plano a la gente común, trabajadora, mueve una gran cantidad de mujeres (lo cual indica la profundidad de la ola social) y de jubilados, que son pobres pero cuentan con experiencias de lucha a sus espaldas. A diferencia de las idioteces de Laclau y de Chantal Mouffe que creen que los movimientos de este tipo necesitan un Líder, éste evita la delegación y la representación y, como en los Clubes de la Revolución Francesa o en la Comuna, elige dirigentes ad hoc, no líderes ni caudillos.

No tiene un programa formal pero sí exigencias programáticas comunes a todo el país: menos impuestos a los pobres y más a los ricos, servicios públicos de calidad, trabajo, aumento de jubilaciones, defensa del ambiente, más transporte colectivo, ocho horas efectivas.

No es fascista. Incluso la TV mostró chalecos amarillos que echaban a trompadas a fascistas organizados y otros, en el Sur, marchando con la CGT y los sindicatos más combativos. Pero, si no encuentra un canal a su anticapitalismo primitivo, podría servir a la extrema derecha que tratará de sacar provecho en las elecciones europeas a costa de la République en Marche (el movimiento-partido de Macron).

Eso plantea un gran desafío a los revolucionarios que deben participar en la lucha tal como es y por los legítimos intereses generales sin tratar de sacar de ella provecho para el partido si quieren ser escuchados y organizar.

Rebelión ha publicado este artículo con el permiso del autor mediante una [licencia de Creative Commons](#), respetando su libertad para publicarlo en otras fuentes.